

LA POESÍA COMO DESTINO

Hace años quise expresar, en un texto asediado por dificultades aún insuperables, mi admiración por la poesía de Luis Cernuda. Hoy, al reanudar aquel intento, me digo, como entonces, que en la percepción de la poesía importaría cada vez más el descubrimiento de un mundo, el mundo de la imaginación del poeta, al fragmentario análisis que, sin avanzar de los escollos aparentes, constituye costumbre casi general. Pero también comprendo que el deseo de llegar a esa región, más allá de la avara realidad próxima, impone el sacrificio de un criterio objetivo, merecedor, en este caso, de una estimación preferente. De esta resignación se derivan, al cabo, el tono y las limitaciones que así siguen imponiéndose.

El correr del tiempo, lejos de extrañar o debilitar aquel sentimiento de admiración, lo aumenta con nuevos motivos. El verso de Luis Cernuda se nos ofrece hoy con una intensidad que bien puede entenderse como consecuencia o culminación de su acento anterior. El crecimiento en profundidad es patente en esta poesía. Las composiciones primeras se nos presentan como un esbozo ya definido, dentro de la languidez del dibujo, de la magnitud a que ha de llegar luego su creación poética. Cuando las releemos, conocidos sus libros posteriores, nos revelan una inspiración y una fuerza que permanecían inéditas. Allí está, "hacia el pálido aire se yergue mi deseo", el poeta que conformará el significado futuro de una obra.

En *La realidad y el deseo* palpita una vibración que reconocemos como aquella que domina, sin que podamos escapar a su infernal corriente, la atmósfera de esta época. Quizá por ello la avidez con que leemos sus páginas. En cada línea el hombre que la escribe es el contemporáneo nuestro. No es, por lo tanto, difícil presumir la razón por la cual la poesía de Luis Cernuda goza hoy de una atención mayor a la que podía concedérsele cuando apenas asomaba entre otras voces que el auditorio español, tradicional-

Texto tomado de *Revista Mexicana de Literatura*, Enero-Febrero, 1-2, México, 1964.

mente empeñado en la altisonancia, podía considerar más llamativas. Hacia un tiempo nuevo, que adivinaba, supo proyectarse esta poesía.

La obra de Cernuda reveló desde un comienzo la preocupación por alcanzar el grado máximo de expresividad dentro de los menores recursos y el ningún alarde de gesto. Concentrar la palabra, lo que no implica limitación sino sugestividad: desnudez, hondo latido, finura de tacto. La resonancia de esta poesía, como la huella de unos pasos por la memoria, es íntima, secreta, silenciosa. Su gracia melancólica y su ira las ciñe un cristal transparente: no hay allí dureza ni frialdad, sino refrenada vehemencia inextinguible. El verso de Cernuda, de rostro contenido, arrastra, en su profundo oleaje, un mar tumultuoso que golpea en agonía el pecho. Al surgir de lo remoto, en lentitud, muestra su pasión amargamente lúcida.

El título de *La realidad y el deseo*, que Cernuda ha dado al conjunto de sus poemas, expresa una preocupación central dentro de la obra del poeta. Cernuda entiende el problema lírico como la lucha entre realidad y deseo. El poeta y su destino es en gran parte el tema de su poesía, ampliado hacia otras motivaciones. En ella se agiganta dolorosamente la conciencia de la imposibilidad del hombre para satisfacer la atracción que lo empuja hacia lo circundante. La insatisfacción del deseo conduce asimismo a un sentimiento de lucha contra lo real. Se comprende la razón por la que sea también, esencialmente, una poesía de soledad.

Al publicarse, hacia finales de 1958, la tercera edición de *La realidad y el deseo*, Cernuda, en uno de sus escritos más memorables, nos da la historia de su poesía. "La franqueza absoluta, medio de originalidad", escribió alguien. Pocas páginas pueden existir, como éstas, en las que un hombre muestre su corazón de manera tan franca. A través de ellas no sólo seguimos la evolución de sus versos sino vislumbramos la experiencia vital del poeta. Una y otra se explican y complementan mutuamente, aunque la conexión apenas pueda pensarse con respecto a algunos poemas, y, en todo caso, Cernuda no ha pretendido insistir en ella. No es en los acontecimientos que pudiéramos llamar exteriores en donde puede hallarse la intensidad de una vida. A menudo, los seres que han vivido su existencia con mayor ardor, carecen, por contraste, de biografía. Lo silencioso y gris de sus días no concuerda con el drama sin solución que penosamente se agita en su intimidad, casi para siempre oculto si la palabra no lo rescata del olvido.

Ese trabajo de Cernuda, *Historial de un libro*, nos sirve además para la confrontación de aquellas ideas centrales que integran su pensamiento poético, y dadas la claridad, sutileza y sabiduría con que allí se expresa, nos indican, al mismo tiempo que una poco común inteligencia sobre estas materias, un apasionado y largo razonar sobre las mismas. El poeta y su destino constituyen, como lo hemos señalado, tema principal de sus versos. El destino y los problemas de la poesía son el asunto alrededor del cual gira su obra en prosa.

Una de las actitudes críticas de Cernuda, en tal escrito, debe ser señalada. Se refiere al simple cambio de un nombre. A propósito del que llevaba su libro inicial, *Perfil del aire*, manifiesta que en la primera edición de *La realidad y el deseo* lo modificó por el de *Primeras poesías*. Cernuda explica así su desdén por el título original: "ya para entonces mi antipatía a lo ingenioso en poesía me lo había hecho poco agradable."

No debe olvidarse, a este respecto, que no sólo el gongorismo, sino también la afición general por la metáfora (creacionismo, ultraísmo, etc.), son elementos primordiales para juzgar la obra poética de la generación a que pertenece Luis Cernuda. Es frecuente, por lo mismo, encontrar en ella abundantes muestras de derroches verbales, de destrezas idiomáticas, de brillantes oscuridades exteriores. El ingenio, a cuyo culto las letras españolas consagran prolongada fidelidad, obedece acaso a rasgos esenciales del ser y de la lengua, pero es lo cierto que contribuye con saña a deformar y a confundir el concepto de lo literario. Se llega, en un momento, a tomar como expresión lo que apenas es pura dicción. La palabra del poeta debería interesarnos exclusivamente por su capacidad de revelación y de comunicación.

La noche, el baile

Una queja burlesca,
Una voz langorosa,
Voz que cantando habla
Intimamente para un hombre,
Brilla con diamantes
Arrebatados a los ojos.

En un cuento cuántas vidas,
La noche honda sobre un río,
Agua abajo los remotes
Labio contra labio.

Una mano los pétalos abriendo
Sobre el orden que surge, ante los ojos
Ajada luego
Sentidamente se pliega a la tristeza.

Un sol tras los cristales desmoronado,
Olea, olea, de la aventura

Rie en las venas tan azules,
Rie en las venas, en el sueño.
En el sueño de un río entre las alas
A la luz del río.

No por la suma de gracias decorativas que en ella puedan juntarse. Su posibilidad es la de intuir lo mágico. Hasta llegaríamos a preferir un idioma aparentemente seco, despojado de halagos formales, en el que la profundidad del pensamiento poético halla un más libre cauce para su plenitud, a aquel otro, que persevera en la sola voluntad de estilo, reduciendo su ambición, a la postre, a la agudeza y a su momentáneo aplauso.

Quizá convenga, de una vez, aclarar un equívoco que podría surgir en relación con lo dicho sobre el verso de Cernuda. Existe, en él, un propósito deliberado de rehuir lo debido a efectos de color o sensualidad de la palabra y a la ocurrencia de simples entretenimientos mentales. Pero, al mismo tiempo, es un verso en el que lo inspirado comparte su lugar con lo artístico. Su tradición es aquella en la que la experiencia espiritual, emoción y conocimiento, se traduce en experiencia estética.

El verso de Cernuda, casi incorpóreo en un principio, ha sabido guardar las calidades de ligereza, de levedad anhelante, de tersura, de gracia apenas dibujada en el aire, que algunos señalaron en sus primeros poemas. Después acentúa en él un tono dramático, pálido y violento a la vez, por el que se desencadena, pero sin estrépito, una furia largamente contemplada. Los vocablos parecen haber querido ser limitados a su función puramente significativa, a través de una perseverante limpieza de elementos que, siendo embeleso de otros, enturbian, con el vaho sonoro, la luz de terrible trans-

parencia de la poesía. El antiguo problema de la incapacidad de la expresión para traducir lo intuído encuentra en el verso de Cernuda, exacto en la balanza con que en él se proporcionan el delirio y la inteligencia, una de las soluciones más satisfactorias que hayan podido presentarse en la historia de nuestra lírica.

Debemos creer a Cernuda cuando nos habla de la seducción que en él despertó, durante su larga permanencia en Gran Bretaña y Escocia, la poesía inglesa. Su temperamento literario había rechazado el adorno, la verbosidad y el ingenio, a los cuales destacaba como fallas de la obra poética española. El verso francés habría asimismo de darle otras muestras, un tanto disimuladas, de vicios similares. Los poetas ingleses afirmaron en Cernuda el gusto por la concisión y la sobriedad, dentro de la delgadez admirable de su propio acento, negado al grito y a la declamación. De la lectura de ellos, según nos lo declara, dedujo, con el abandono de la frase por sí misma, la necesidad de reflejar, a través del poema, una experiencia, no ofreciendo al lector la sola impresión subjetiva de su resultado, sino el proceso de ella. Otra lección que de los poetas ingleses confiesa fue la de referir su emoción personal a situaciones históricas o dramáticas, a fin de objetivarla y lograr una mayor eficacia poética, tal como se presenta en poemas que parecen gozar de su predilección.

La investigación acerca de las propias emociones es método preferido en la creación de esta obra. Con él gana la poesía una rara capacidad de concreción de la palabra y de tensión del espíritu poético. Después de larga observación es dado al fervor solitario de un hombre captar una imagen deslumbrante, la marea contradictoria y recóndita de su existencia. El instante de aquella revelación es ya el poema, que reclama para sí la indispensable correspondencia verbal al rastro que haya dejado esa imagen. No constituye este examen de las emociones un procedimiento poético único, y hay quienes preferirán entregarse a ellas, rindiéndose a su enigma, confiados en la creencia de que el gozo de la poesía es ajeno a una extrema vigilancia de la sensibilidad. Pero es lo cierto que este rigor no sólo no es extraño sino que, por el contrario, es de la esencia de la poesía. Es conocimiento del ser y del mundo. La fórmula del poeta inglés Matthew Arnold es grata a Cernuda: "Poesía es en el fondo crítica de la vida."

Se comprende también, como consecuencia de lo anterior, la declaración de Cernuda referente a la necesidad de una experiencia previa al poema, sin la cual éste "no parecería inevitable ni adquiriría contorno exacto ni expresión precisa". Esta experiencia sugiere la vida del poema, e incita a quien lo escribe a sondear en ella, alargando su desarrollo, o a ofrecer una síntesis, abreviándolo. "Concentración e intensidad" son requeridas en ambos casos, precedentes o simultáneos al verso, como son indispensables estas dos condiciones a la expresión poética, a pesar de la diferencia en la rapidez o en la lentitud con la que se desenvuelva su marcha. Cualquiera que sea la forma de la poesía, en extensión o en ritmo, obedecerá siempre a un sueño desvelado y desconfiado de sí mismo.

La poesía, así podrá corresponder a una exploración desentrañadora del mundo, como de quien jamás antes se ha detenido a considerar sus imágenes, y por ello es significativa la confesión que hace Cernuda al referir cómo el momento más decisivo en el despertar de su instinto poético fue la tarde de su juventud en que "sin transición previa, las cosas se me aparecieron como si las viera por vez primera, como si por

primera vez entrara yo en comunicación con ellas, y esa visión inusitada, al mismo tiempo, provocaba en mí la urgencia expresiva". La poesía, desde ese instante, mueve al poeta a tomar una posición frente a la realidad. En Cernuda, aunque él no lo hubiese declarado, son fácilmente reconocibles las dos corrientes ya anotadas, confundidas en una sola, de inclinación y de rechazo de lo real. El deseo le mueve hacia la realidad, mas surge al mismo tiempo la conciencia de su imposible posesión. El poeta, prisionero de lo inmediato, quiere llegar entonces a una realidad menos aparente, y, por lo tanto, desconocida y real. La lectura de los poetas surrealistas debió ejercer entonces, en una etapa oportuna, una influencia fértil y renovadora, que aun cuando se apagase en él después, en sus manifestaciones externas, habría de perdurarle en una íntima convicción acerca del carácter frenético y rebelde de la poesía.

Gran parte de la obra de Luis Cernuda ha sido escrita en el destierro, y aún sería posible afirmar que a ella pertenecen los poemas que mejor le definen en el conjunto de la lírica contemporánea. Desde *Las nubes* (libro fechado en Inglaterra entre 1937 y 1940 y que forma la séptima parte de *La realidad y el deseo*), la nostalgia de su tierra española, la tristeza creciente de su aislamiento en el extranjero, apenas aminorada durante sus años en México, le dictan algunos de los versos más característicos de un estilo general suyo en el que el tono elegíaco ha sido señalado, a nuestro juicio con razón, como predominante:

Hay quienes aman los cuerpos
Y aquellos que las almas aman.
Hay también los enamorados de las sombras
Como poder y gloria. O quienes aman
Sólo a sí mismos. Yo también he amado
En otro tiempo alguna de esas cosas,
Mas después me sentí a solas con mi tierra,
Y la amé, porque algo debe amarse
Mientras dura la vida. Pero en la vida todo
Huye cuando el amor quiere fijarlo.
Así también mi tierra la he perdido,
Y si hoy hablo de ti es buscando recuerdos
En el trágico ocio del poeta.
(«El ruisenior sobre la piedra»)

La guerra civil, que constituye la más definidora y cruel experiencia colectiva del grupo peninsular de 1925, dio lugar a que surgiera una considerable producción de versos en los que se canta la catástrofe y la gloria del pueblo español. Ello coincidía con una exigencia que frecuentemente se formula a los poetas de ser parte beligerante en los episodios políticos patrios internacionales. No es esta la ocasión de debatir este asunto ni de pronunciar, a favor o en contra, consabidas fórmulas acerca de la necesidad o posibilidades del arte llamado social y de masas. Quisiera simplemente decir, en cuanto a los poemas que sobre la tragedia española se escribieron por esos años y posteriormente, que entre ellos existen, junto a algunos de indudable acierto, otros en los que la grandeza del motivo no deja perdonar la indigencia de su trato. Entre los primeros se recordarán siempre los de Luis Cernuda. En ellos, sin patetismos externos, se nos da la visión íntima del drama. Como bien lo señalaba Octavio Paz al comentar, en 1943, la segunda edición de *La realidad y el deseo*, "el libro de Cernuda es algo más que la

expresión de sus experiencias individuales; me parece que es la elegía de una generación y de un momento de la historia, que se despiden, para siempre, de España y de un mundo que ya no volverán". La poesía de Cernuda ha sido, en gran parte, una honda interpretación lírica de la desgracia española.

Sin embargo, ni aún en este aspecto, que los acercaría a un público numeroso, puede hablarse de intención popular en los poemas de Luis Cernuda. Designio éste que él ha desechado como contrario a la naturaleza de la poesía. Entiéndase que no se trata de un concepto mezquino o vanidoso acerca de que sólo determinados temas pueden ser materia poética. La lucha entre los hombres, como el amor, o la hermosura, o el tiempo, entran con libertades idénticas en el verso de Cernuda. También es ajeno aquí un propósito político, el cual, a este efecto, se asimila a la intención popular. Otra cosa es que la poesía sea fruto de una experiencia espiritual y ésta, en concepto suyo, sea externamente estética pero internamente ética. Como resultado de una disciplina de esta índole, la poesía jamás será indiferente al sufrimiento humano. Lo que no ha querido la obra de Cernuda es buscar al lector indiscriminado y entusiasta que reclama alegremente a los poetas descender hasta su gusto, en el cual las preferencias se orientan por las estrofas oratorias y vacías, pródigas en la necedad. Cernuda ha citado una vez estas palabras de Keats: "Nunca escribí un solo verso con la mínima sombra de haber pensado en el público... Odio la popularidad sensiblera." A ello se agrega, desde nuestro punto de vista, la duda acerca de la utilidad que puede alcanzar la poesía cuando a ella se le asigna una determinada tarea política. Es algo en que algunos, que la propugnan, deberían detener su atención: ¿Es realmente eficaz, o sea que cumple fines prácticos, ya que no artísticos, la poesía política?

Si toda verdadera obra poética tiene un fondo de creación espiritual, porque el poeta pretende ser el autor de una realidad distinta de la que lo rodea y oponer al universo visible de los hombres su propio universo invisible, la poesía de Luis Cernuda acentúa agudamente, en la contradicción entre el deseo y lo real, este intento desesperado:

Un día comprendió cómo sus brazos eran
Solamente de nubes;
Imposible con nubes estrechar hasta el fondo
Un cuerpo, una fortuna.
(«Desdicha»)

De ello se deriva una obra que, descartando la generalizada complacencia por la palabra, por el resplandor desierto de la rima, por la visual iluminación de la metáfora o por el brillo instantáneo del artificio, quiere para sí una dimensión predominantemente espiritual.

Cuando Cernuda declara el afecto, dentro de sus propios poemas, por aquellos que obedecen al ritmo del monólogo, implícitamente confiesa también su inclinación por una poesía de fondo intelectual, en la que impera una percepción más clarificadora de lo objetivo y de su correlación secreta con lo subjetivo, más entrañable que ornamental, de singular vislumbre psicológica, y en la que el verso tiene una agitada y alterna palpitación, como la del amor que se hace reflexivo, entre la pasión y la inteligencia. La lucha de pensamiento y el cuerpo, que se libra oculta en lo profundo del hombre aflorando en un rumor impreciso de voz o de sollozo, cuenta en la poesía de Cernuda con una de aquellas manifestaciones en que tal conflicto sutilmente se expresa con sagacidad y belleza excepcionales.

Esta obra nace de la necesidad de expresión de un espíritu para el que no existe forma posible de vida distinta de la que se realiza a través de la tensión poética. La poesía es la respiración de su sueño. Pocas veces se da el caso de alguien tan predestinado para ella y tan convencido, al mismo tiempo, de su destino excluyente. Su labor a lo largo de los años se concentra toda alrededor de su poesía. Cuanto ha escrito en prosa, narraciones o ensayo, igualmente la justifica y la desarrolla. *La realidad y el deseo* ha ido creciendo con el impulso irresistible de una fuerza que en su raíz obedece a su solo instinto de nitidez y de delirio. Por ello su ímpetu sostenido sin esfuerzo. Por ello la energía sensible e intelectual de su palabra.

Dentro de la poesía española tradicional adivinamos la obra de Cernuda en una línea en la que la delicadeza de la expresión está simultáneamente alentada por la llama de la emoción y por la austeridad del pensamiento. Garcilaso, por cuyo verso declara especial predilección, aúna, a su juicio, lo poético y lo artístico. De Jorge Manrique aprecia la acomodación justa del vocablo y la consiguiente reticencia de su forma. De Bécquer, su intensidad, su exquisitez, su imán hacia la nube distante que flota desterrada de lo cotidiano. Por eso también el acento de Cernuda, "dejo inspirado de invisible espíritu", corresponde a un extraño ideal de hondura y de precisión no ajeno sin embargo a una sensual indolencia. Su gracia alada y su densidad, pero sobre todo su dominante sentido del misterio, logran que en él pueda darse, casi sin proponérselo, la combinación de la hermosura poética con un fervor de naturaleza metafísica. Su lirismo es, al mismo tiempo, finura y gravedad.

Como poeta esencialmente atento a la convulsión que despiertan las ráfagas del mundo y de la vida moderna, se ha mencionado alguna vez el nombre de Baudelaire para relacionarlo con la actitud que se traduce a través de sus versos. Su modernidad: revelación sobre el poeta y la creación lírica. Hay en Cernuda también aquella nota trágica de la aceptación de un destino solitario enfrentado a los poderes oscuros de la ciudad y de la civilización, en medio del vacío y del desconcierto y hacia el final fracaso absoluto. La angustia se resuelve en desesperación. Su pesimismo: conciencia de la limitación del hombre. Y, como se ha advertido, tal aspecto se agudiza en los poemas de Cernuda porque en ellos no aparece ninguna relación con el más allá. Esta poesía no espera del cielo el paraíso que le niega la tierra.

Mas no se trata de insinuar antecedentes ni influencias en la poesía de Luis Cernuda, existiendo, con razones bien válidas, el convencimiento de que es uno de aquellos pocos poetas fatales que ha creado una obra original, apta para sostenerse sola en el aire y resistir, en su desnuda esbeltez, los huracanes del tiempo y de la moda. No sólo sería inverosímil que una determinación como la suya por llegar a un lirismo esencial pudiese ser olvidada, sino que, por el contrario, existen hoy signos evidentes de que cada día se aprecian sus poemas por un público capaz de llegar hasta ellos con oídos mejores. No obstante la grandilocuencia que, bajo máscaras distintas, persevera en sus antiguas



maneras renovadas, la poesía de nuestra lengua recibe a veces, en América o en España, algunas incitaciones, como las que provienen de *La realidad y el deseo*, capaces de redimirla de su insistente naufragio verbal.

Con la aguda conciencia de problemas que afectan al hombre universal, pero sobre los cuales, en los años presentes se ha tomado una posesión lúcida, la poesía de Luis Cernuda pertenece a esta época y la refleja a través de una sensibilidad ávida y soñolienta. Ya hemos sugerido algunos de sus temas: el amor, la hermosura, el tiempo, la destrucción, la soledad. Mas Cernuda no se limita al simple dictado de las emociones que ellas pueden despertar, sino, ahondando en la exploración de la inteligencia, nos da la visión trémula de un mundo de luz y melancolía.

Su poesía se interna con filo punzante en la desolación contemporánea. Esos poemas, que parecieran ser los de un hombre definitivamente a solas, revelan una zozobra común a muchos hombres:

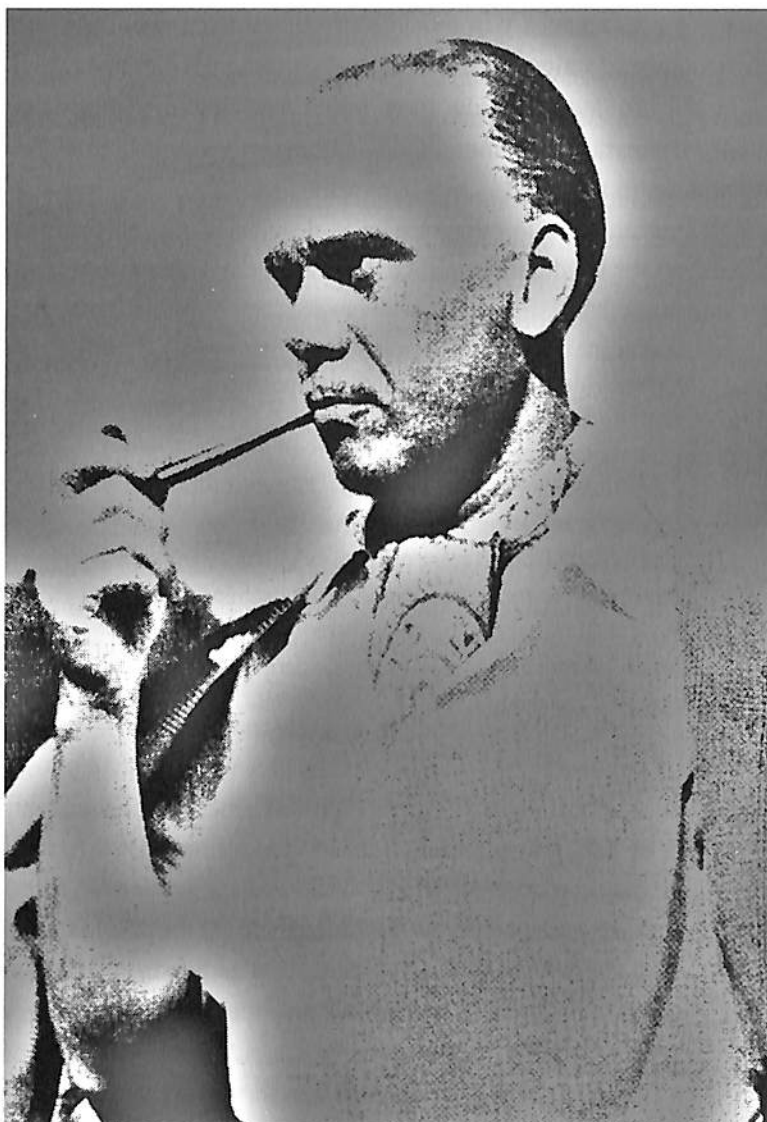
Mas no me cuido de ser desconocido
En medio de estos cuerpos casi contemporáneos,
Vivos de modo diferente al de mi cuerpo
De tierra loca que pugna por ser ala
Y alcanzar aquel muro del espacio
Separando mis años de los tuyos futuros.
Sólo quiero mi brazo sobre otro brazo amigo,
Que otros ojos compartan lo que miran los míos.
Aunque tú no sabrás con cuánto amor hoy busco
Por ese abismo blanco del tiempo venidero
La sombra de tu alma, para aprender de ella
A ordenar mi pasión según nueva medida.
(«A un Poeta Futuro»)

El afán visionario de Cernuda por alcanzar una realidad suprasensible es otra manifestación de la necesidad humana de ir hacia algo no por mágico menos real. Todo lo visible, de acuerdo con la fórmula romántica, descansa sobre un fondo invisible. Sí, la verdadera existencia no es la que perciben nuestros sentidos. Las palabras de Rimbaud justifican este destino: "El poeta define la medida de lo desconocido que se agita en el alma colectiva de su época."

La realidad y el deseo, además de ofrecer algunos de los poemas más inquietantes de nuestro idioma, descubre la tormenta de un espíritu en su aspiración tenebrosa hacia lo insondable. Ya alguien pensaba que la poesía es una metafísica que se hace sensible al corazón y se manifiesta por gracia de las imágenes. La lírica de Cernuda es, además, una desconcertante prueba de la sed y de la práctica de la libertad humana. La imaginación es la única fuerza capaz de despertar la conciencia del hombre. Cuando más hoy se cerca al individuo, más violentamente lo rescata la poesía. En este cálido libro un gran poeta puso todo su sueño, todo su amor y su odio, su luz y sus sombras interiores, su asco y su embeleso, su mirada, el ritmo de su respiración, su vida toda. Este libro deja ya una cicatriz de hermosura y de terror en la historia de la poesía española.

Es difícil definir con presunción de exactitud lo que a una obra individual pueda deber, en determinado momento, la evolución de la poesía de un pueblo o una lengua,





si su ejemplo no toca solamente apariencias externas sino profundiza en estímulos que se refieren ya a su espíritu, a su esencia, a su verdad interior. Lo que hasta aquí se ha dicho alude apenas a aspectos que son la superficie de *La realidad y el deseo*. No intentemos avanzar, dejando que estos poemas, como la vez primera de su lectura, nos sigan desvelando en su solo encantamiento: "Horror de la vida, éxtasis de la vida." LC

Bogotá, 1961.